

Temor, inseguridad y rebeldía: 'refugios emocionales' y actitudes políticas en el Servicio Militar Obligatorio. Buenos Aires, 1969-1971.

Mosiewicki, Francisco.

Cita:

Mosiewicki, Francisco (2017). *Temor, inseguridad y rebeldía: 'refugios emocionales' y actitudes políticas en el Servicio Militar Obligatorio. Buenos Aires, 1969-1971. XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-019/116>

Temor, inseguridad y rebeldía: “refugios emocionales” y actitudes políticas en el Servicio Militar Obligatorio. Buenos Aires, 1969-1971.

Mesa 19: Jóvenes y juventud en el siglo XX. Actitudes, emociones políticas y prácticas culturales

Autor: Mosiewicki, Francisco Ezequiel (UNMdP/CEHis)

PARA PUBLICAR EN ACTAS

Palabras clave: HISTORIA DE LAS EMOCIONES – ACTITUDES POLÍTICAS – HISTORIA DE LA JUVENTUD - SERVICIO MILITAR OBLIGATORIO

Resumen:

El presente trabajo busca ahondar, desde la historia de las emociones un fenómeno desarrollado por jóvenes conscriptos, en el marco del Servicio Militar Obligatorio, en la provincia de Buenos Aires, entre 1969 y 1971. Dicha manifestación consistía en la puesta en acción de todo un cúmulo de tácticas puestas en práctica con el objeto de convertir la transición de los jóvenes por el universo castrense en una experiencia más amena o, a lo sumo, buscando evitar alguno de los castigos. Motivados inicialmente por el miedo (y en algunos casos el asco), los testimonios recabados hablan del despliegue de sentimientos de temor e inseguridad que, en última instancia pudieron llegar a recaer en actos de rebeldía.

Cotidiano como la risa, pero oculto, descreído y rechazado. La vergüenza del temor existe porque erróneamente se asocia lo a la cobardía. Sin embargo, remarca Jean Delumeau (2002), su utilidad radica en ser una reacción fisiológica y psíquica en defensa propia. Una “emoción choque” que se produce ante la presencia o inminencia de un peligro. En el contexto de la conscripción, este solía estar dado en la relación con los superiores. De esta manera, el trato entre suboficiales y conscriptos y entre pares estructuró una serie de prácticas que los jóvenes desarrollaron para que su paso por el Servicio Militar Obligatorio fuese menos tortuoso. Evitar a toda costa los castigos físicos era una razón que motivaba los motivaba a formular tácticas que en algunos

casos generaron conflictos entre ellos mismos. Asimismo, en algunos casos sirvieron para acercarlos a sus jefes y desdibujar la lógica verticalista del espacio castrense. El joven debe adecuar su sistema de emociones al de la nueva comunidad emocional y para ello necesita de ciertos recursos que le permitan diluir el esfuerzo. Estas tácticas, empero, rompen la imagen ortodoxa de las Fuerzas Armadas y chocan con el esquema que los mismos teóricos militares han desarrollado sobre su campo de acción. Los operativos que muchas veces montaban los conscriptos debían emplear tácticas que rompían el canon del cuerpo militar y que, tomados en la coyuntura en que se desarrollaban podían llegar a fortalecer el clima de inestabilidad social e institucional imperante en la Argentina de los años sesenta y setenta.

Introducción: un abordaje de difícil definición

La historia de las emociones, desde fines de la década del ochenta del siglo pasado se ha convertido en un campo en expansión cada vez más presente en el universo historiográfico. Sin embargo la dificultad de definir y demarcar el objeto de indagación ha generado que los enfoques teóricos y metodológicos se diversifiquen en varias líneas de trabajo según se conformaban los distintos centros abocados al llamado “giro afectivo”. De esta manera no es posible establecer un paralelismo entre la historia de la sensibilidad, desarrollada en Francia, con la de las pasiones, con centro en América Latina, o de los afectos estudiada en los Estados Unidos, como tampoco se relaciona directamente con el término *gefühl* (fibras del corazón), extendido en Alemania. De esta manera la “emocionología”, acuñada por los Stearns¹, que buscaba demarcar pautas implícitas o explícitas capaces de condicionar o reprimir la expresión emocional no condice con los “refugios emocionales” de William Reddy². Tampoco se relacionan con las “comunidades emocionales” de Bárbara Rosenwein³, entendidas como un grupo humano mediado por un código y un sistema de sentimientos compartido. Así mismo, la “historia de las ideas” indagada por el *Queen Mary Institute for the Humanities and*

¹ STEARNS, Peter y STEARNS, Carol (1985). “Emotionology: Clarifying the History of Emotions and Emotional Standards”, *American Historical Review*, 90, 4. Pp. 813-836. Citado en: Moscoso, Javier (2015) “La historia de las emociones, ¿de qué es historia?”. En: *Vínculos de Historia*, núm. 4. P. 17.

² REDDY, William (2001) “The Navigation of Feeling. A Framework for the History of Emotions”, Cambridge. Citado en: Rodríguez-López, Carolina y Ventura Herranz, Daniel (2014). “De exilios y emociones”. En: *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 36. P. 120.

³ ROSENWEIN, Barbara (2007). “Emotional Communities in the Early Middle Ages”. Cornell University Press. Citado en: Rodríguez-López, Carolina y Ventura Herranz, Daniel (2014). “De exilios y emociones”. En: *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 36. P. 115.

Social Sciences, de Londres se distancia de la “economía moral de las emociones”, extendida por el *Max-Planck-Institut für Bildungsforschung*, de Berlín, y aunque sus trabajos alcanzan cierta consonancia con la “historia de las experiencias” desarrollada en el Instituto de Historia del CSIC, en Madrid, tampoco se acercan a las “prácticas emocionales” de la antropología histórica. La dificultad de definir el objeto y la amplia bastardad de metodologías no contribuyen a simplificar el marco teórico, ampliando el carácter inasible de las emociones. Lo que sí es compartido es el afán por tratar de explicar los procesos históricos desde un abordaje poco trabajado y que busca complejizar la historia cultural haciendo énfasis en los procesos emocionales de los sujetos.

Para analizar estas cuestiones en el Servicio Militar Obligatorio, es necesario tener en cuenta una serie de factores que a priori condicionan la experiencia emocional. En primer lugar, como institución perteneciente al universo castrense y el particular contacto, casi superpuesto con aspectos de la sociedad civil, el Servicio Militar Obligatorio desarrolló diversas prácticas que le fueron propias. Al examinar este ámbito, las nociones de disidencia, consenso o adhesión, ubicadas historiográficamente en el campo de investigaciones relacionadas con el estudio de actitudes sociales y comportamientos políticos⁴, permitirán analizar y comparar los diversos testimonios que paulatinamente serán incluidos en futuros trabajos. Un marco de libertad reducido, determinadas pautas de relación entre civiles y conscriptos y con los militares de carrera, la constante instrucción, los castigos y la violencia psicológica perfiló un entramado emocional particular, una especie de reglamento, a veces explícito y otras implícito sobre lo que “era correcto” sentir a cada paso del Servicio. Asimismo, los jóvenes que transcurrieron por la conscripción se vieron inmersos en este clima, muchos proviniendo de ámbitos con pautas cualitativamente disímiles, de forma obligatoria, debiendo amoldarse al universo castrense sobre la marcha.

Por otro lado, como categoría de análisis⁵, la juventud es una etapa de transición delimitada por sus diferencias con la niñez y el mundo de los adultos, conviviendo con

⁴ Autores como LVOVICH (2006), ÁGUILA y ALONSO (2013) y FAVERO (2015), han desarrollado investigaciones en el campo de actitudes sociales y comportamientos políticos de diversos sujetos sociales para con las distintas agencias estatales. En el caso de la dra. Favero su indagación se centra, durante la década del sesenta en la Argentina, en la figura de los jóvenes que no militaban.

⁵ Según los estudios sociales realizados hasta la fecha y aceptados por la comunidad académica, la juventud puede ser tomada como período de desarrollo del ser humano y a la vez como grupo social.

los límites que la misma sociedad le imprime.⁶ En la década del sesenta, está determinada por el doble proceso de modernización y rebelión, binomio característico de los análisis historiográficos tradicionales. La perspectiva que se busca imprimir en este trabajo, en consonancia con el proyecto de investigación al que adscribe abreva en una mirada que atiende a los modos de representación y lenguaje culturales de los jóvenes entre 1955 y 1976. En él se estudian identidades políticas en transformación, de clases difusas y entramados sociales complejos, para incluirlos en un análisis más profundo respecto de sus heterogeneidades socioculturales.⁷ De este modo, el análisis del Servicio Militar Obligatorio, durante el período comprendido entre 1968, momento en que se instituyó la prórroga en la realización del Servicio, y 1974, coyuntura en la que el gobierno de Juan Domingo Perón redujo la edad de conscripción a los 18 años, está orientado como un espacio de sociabilidad original donde los jóvenes conscriptos, frente al ingreso en un marco emocional permeado por la violencia física y simbólica debieron desarrollar tácticas para “navegar”, en palabras de Reddy, la imposición, la coerción y la violencia constante. En las páginas sucesivas se ha buscado dejar constancia de la experiencia de dos jóvenes que transcurrieron por la conscripción obligatoria a partir de 1970. Sus testimonios dejan entrever la relación cotidiana que mantuvieron con el miedo, la incertidumbre y la violencia y, asimismo los pequeños pero relevantes intentos que desconfiguraron esa lógica de la cual no podían escapar.

Puntos en común

Si bien los enfoques metodológicos difieren, los distintos centros de investigación coinciden en que las emociones son construcciones complejas que poseen un componente natural e innato y otro social y culturalmente mediado. Es por eso que, en el análisis de los procesos de construcción de las subjetividades estuvieron intrínsecamente relacionados con las diversas instituciones sociales que primaron sobre los sujetos. Particularmente, en la sociedad argentina del siglo XX, el Servicio Militar Obligatorio influyó activamente sobre los jóvenes que debían abandonar la adolescencia e insertarse plenamente en el mundo de los adultos. Por un lado es un rito de iniciación.

⁶ SOUTO KUSTRÍN, Sandra (junio de 2007). “Juventud, Teoría e Historia: La formación de un sujeto social y de un objeto de análisis”. En: HAOL. N° 13. Pp. 171-192.

⁷ BARTOLUCCI, Mónica y FAVERO, Bettina (2014). Fronteras visibles e invisibles. Libertad y orden, modernización y revolución a través de la categoría de juventud. 1955-1976. Mar del Plata: UNMdP. Proyecto de Investigación. OCA 1139/09.

Para la agencia estatal, empero significaba algo más. En sus inicios fue un esfuerzo para organizar las guardias nacionales y crear, de entre la masa de inmigrantes, al ciudadano argentino. Casi siete décadas más tarde no se puede afirmar que los objetivos del gobierno de facto instaurado aquella noche de junio de 1966 fuesen los mismos. La sociedad cambió con el devenir del siglo XX y lo hizo a la par de una creciente radicalización política. Los jóvenes no fueron ajenos a este proceso y, en muchos casos fueron el epicentro. Tanto el Policía militar como Tambor, objetos de esta ponencia son oriundos de Miramar. Sin embargo sus destinos fueron distintos. El primero debió pasar por Tandil, antes de regresar a la costa donde realizaría su conscripción en la base de la Fuerza Aérea, en las afueras de Mar del Plata.

“La experiencia mía era que nadie quería hacer el servicio militar. Porque todos los compañeros nuestros estaban negados a hacerlo, pero como era obligatorio tenías que afrontar la realidad. ¿Y qué era lo que esperábamos nosotros del sorteo? Que no nos tocara Marina. Porque eran dos años. A mí me tocó aire. Y bueno hubo que afrontarlo. (...) Muchos fueron llorando.” (El Policía militar)

Por su parte, Tambor, negándose a cualquier tipo de acomodo (pues su padre era amigo del ministro de defensa), fue enviado al Regimiento Primero de Infantería, “Patricios”, en Capital.

“A mí me tocó en el uno de infantería. Pero como la Argentina es una timba (hasta el día de hoy), esperábamos que nos tocara número bajo, para salvarnos o, como dice él, Marina que no nos tocara. (...) Como llegué tarde me trasladaron para marzo y ahí me salvé de ir a Granaderos. (...) Sin embargo por una movida política que te la explico en otro capítulo echaron mano de lo primero que tenían delante y tuvimos que largar la escoba para manejar un fusil.” (Tambor)

Los testimonios de ambos reflejan la incertidumbre del momento aunque sabían que se enfrentaban a una experiencia de la que difícilmente podrían escapar. Los relatos adquiridos de otros jóvenes que ya habían atravesado la conscripción no les aportaron sosiego. Salvo los casos en que sus conocidos habían vivido una experiencia positiva, las anécdotas servían para alimentar el imaginario de la violencia física y simbólica. El Servicio Militar Obligatorio resultaría una vivencia performativa. Dejaría en ellos una marca indeleble que habría moldeado sus representaciones subjetivas. Mariana Sirimarco (2004) ha desarrollado un trabajo de campo en torno al “Curso preparatorio para Agentes” de la Policía Federal Argentina. A lo largo de esa experiencia, la

antropóloga se ve inmersa en un proceso de adiestramiento orientado a “extirpar” de los aspirantes aquello que los liga a la sociedad civil y dotarlos de los valores, recursos y prácticas que los vuelvan “Señores Agentes de Policía”. El proceso de “disciplinamiento de los cuerpos” estaría directamente ligado a ciertos castigos e intimidaciones que garanticen su dócil inserción en la jerarquía de las fuerzas de seguridad.

“Y en tanto dicha construcción de lo ‘policial’ implica, a su vez, una destrucción de lo ‘civil’, el pasaje por el Curso se convierte en un espacio donde se destruye para construir, donde modelar ese nuevo *self* implica abandonar posturas pasadas, para imprimir en su lugar, el nuevo *saber* a partir del cual definirse.”⁸

Como lo afirman Donatella Della Porta y Mario Diani (2011) el proceso de construcción de la identidad en el marco de la inserción de los sujetos en colectivos sociales implica la formación de lazos emocionales hacia esos grupos.⁹ Por más traumática que fuera su experiencia en el Servicio Militar Obligatorio, Tambor ha conservado ese pasado como una parte intrínseca de su identidad. Recorriendo detenidamente el comedor de su casa, se aprecian distintos “monumentos” que él mismo ha construido de su pasaje por la conscripción. El diploma que certifica su pertenencia al Regimiento 1ro. de Infantería, la fotografía con el coronel Ortiz, la pluma de su morrión guardada con recelo y la colección de armas antiguas junto a la imagen de Juan Manuel de Rosas revelan que la militarización marcó a fuego el imaginario del joven.

“(…) la identidad no es una característica inmutable ni preexistente a la acción. Por el contrario, es a través de la acción que ciertos sentimientos de pertenencia se refuerzan o debilitan. En otras palabras, la evolución de la acción colectiva produce y alienta continuas redefiniciones de la identidad.”¹⁰

La particularidad de esta experiencia, a diferencia de otros colectivos sociales es que el “nosotros” del Servicio Militar reside, al igual que el “otro”, al interior de la misma institución. De esta manera los conscriptos pueden generar lazos de solidaridad con sus compañeros y, al mismo tiempo verse obligados a acercarse a los responsables de su propia condición. La rebeldía abierta contra los suboficiales y oficiales no es un camino

⁸ SIRIMARCO, Mariana (2004). “Acerca de lo que significa ser policía. El proceso de incorporación a la institución policial”. En: Tiscornia, Sofía (comp.). *Burocracias y violencia. Estudios de antropología jurídica*. Buenos Aires: Antropofagia y Facultad de Filosofía y Letras. P. 278.

⁹ DELLA PORTA, Donatella y DIANI, Mario (2011). *Los Movimientos Sociales*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. “Acción colectiva e identidad”, p. 128.

¹⁰ DELLA PORTA, Donatella y DIANI, Mario. Op. cit. P. 130.

posible, al menos no uno que el grupo estuviese dispuesto a seguir. Como salida radical estaba la desertión, pero las consecuencias eran demasiado serias para que la mayoría optara por ella. Sin embargo, Della Porta y Diani hacen énfasis en la conformación de nuevas redes de relaciones en el transcurrir de la experiencia formativa. En este proceso, los jóvenes no solo se valieron de su cercanía a otros conscriptos, sino que buscaron, por medio de diversas tácticas transformar o, al menos desdibujar la lógica verticalista imperante en el Servicio Militar.

La violencia

“Primero nos mandaron a Tandil, no llevábamos ningún bolso porque sabíamos que ahí nos iban a dar toda la ropa. Y nos tuvieron tres días sin saber a dónde nos mandaban (...) tres días durmiendo en unos colchones de paja, sin aseo, sin baño. Nos mandaban a afeitarse y había toda una fila de manquinitas tiradas y con eso tenías que afeitarte. Te podías agarrar cualquier cosa.” (El Policía)

Es cotidiana, premeditada y naturalizada en cada espacio de la conscripción. La violencia es una realidad con la que los jóvenes conscriptos deben relacionarse a diario. Están obligados a realizar una práctica en un espacio que les resulta extraño, ajeno, expulsivo, pero a su vez no pueden evitarlo. Sus interlocutores se encuentran en una situación similar: por una ley promulgada décadas atrás se ven forzados a entrenar a unos jóvenes que de militares no tenían nada; la gran mayoría no se enrolaría voluntariamente; muchos provenían de condiciones culturales y sociales cualitativa y cuantitativamente mejores. Los testimonios de los conscriptos hablan del resentimiento que ellos percibían en los suboficiales que los “bailaban” cotidianamente.

“Yo estaba en ceremonial que es una cosa muy linda vista de afuera pero de adentro tenés que tener siempre impecable el equipo; te cortan cualquier franco porque tenés un ceremonial mañana o surge uno de inmediato (...) vos tenías que trasladarte pero no te ponían ningún colectivo íbamos en esos camiones reos de antaño. Tenías que subirte ahí y tratar de no ensuciarte (...) En ese momento una foto cualquier si te encontraban a vos fuera de lugar era un mes sin salir. Sin franco.” (Tambor)

Eduardo González Calleja (2000) afirma que “el acto violento encierra tres componentes operativos fundamentales: la aplicación –o amenaza de aplicación- de una fuerza física intensa de forma *deliberada* con la intención de *causar efectos* sobre el

receptor de la misma.”¹¹ La terna no puede ser más cercana a la realidad de los conscriptos. Los testimonios recabados informan como los suboficiales utilizaban la violencia física tanto en la instrucción reglada por las pautas del Servicio Militar como a la hora de impartir castigos. El resto del tiempo era natural que se viviera en un clima gobernado por la violencia simbólica. Cualquier actitud fuera de lugar sería sancionada. Asimismo, los escarmientos podían ser dispensados sin motivo aparente.

“Había un cabo que nos hacía bañar con agua fría, en pleno invierno. Nos metía en el baño y no prendía la caldera. Se reía de nosotros. Cada vez que venía nosotros temblábamos. O nos hacía tirarnos desnudos en el baño, rodillo a la derecha, rodillo izquierdo y vos te topabas con el pene de uno, con el culo de otro. Una cosa que no podías creer. Una locura. En pleno invierno. El baño era una cosa abierta, gigante, con todas las flores prendidas. Te metías desnudo, abrían las flores y éramos cien tipos adentro. Te decía cuerpo a tierra y él se mofaba, se reía Terminaba la ducha y él te pegaba, donde se le antojaba.” (El Policía militar)

En dicho contexto aunque la violencia no sea planificada sí es premeditada. Al menos en el imaginario de los jóvenes las acciones de los suboficiales están motivadas por una mezcla de odio y resentimiento pero, a su vez está dotada de una deliberación asociada a la finalidad que la institución militar ve en su aplicación. Joanna Bourke (1999) analiza la función que el estado emocional “agéntico” ejerce sobre los miembros de un ejército a la hora de perpetrar acciones violentas. Como los combatientes en contextos de guerra, los instructores del Servicio Militar “pasaban a ser agentes encargados de ejecutar las órdenes de otras personas, en este caso sus superiores, y actuaban de formas que de otro modo les resultarían inaceptables.”¹²

“Nos pasamos todo ese primer día esperando que no ubicaran. Parados horas y horas, sin comer y sin baño ni nada. Mientras estaban haciendo el chequeo de papelerío y a su vez te hacían la revisión médica. A los que ya los iban incorporando les enchufaban la famosa vacuna que era una mezcla de todo lo que había y te dejaba tirado dos días.” (Tambor)

¹¹ GONZALEZ CALLEJA, Eduardo (Septiembre de 2000). “La definición y la caracterización de la violencia desde el punto de vista de las ciencias sociales” [en línea]. En: *Arbor*, CLXVII, 657. Recuperado de: <http://arbor.revistas.csic.es> (Consulta: 15/05/2017). P. 154.

¹² BOURKE, Joanna (1999). *Sed de sangre. Historia íntima del combate cuerpo a cuerpo en las guerras del siglo XX*. Barcelona: Crítica. P. 15.

Como lo explica Carlos Vaquero (2009) “la violencia se convierte en un medio, entre otros, que quien la usa cree necesario para conseguir los objetivos y metas buscados.”¹³ Para las Fuerzas Armadas, la violencia era un recurso necesario para instruir a los civiles que debían pasar por la conscripción. En ese universo la historia personal, el deseo de imitación, el aprendizaje por medio de la observación y anteriores resultados ventajosos de su aplicación se sumaban a un espacio donde la aplicación de la violencia con fines “pedagógicos” está legitimada y naturalizada.

“Era todo ejercicio. Ejercicio muy duro. Había que estar en forma. Porque el fin era que si había un conflicto tenías que estar listo para enfrentarlo. O sea que el Servicio Militar Obligatorio era para defender la patria, según ellos.”(El Policía militar)

Vaquero analiza además como la violencia puede ser inducida. En un determinado contexto y con los impulsos necesarios el ser humano puede ser impulsado hacia prácticas y reacciones violentas. En el espacio del Servicio Militar Obligatorio esta afirmación llama poderosamente la atención. En un universo en que la violencia es moneda corriente y que las prácticas cotidianas radican en el intercambio constante de violencia simbólica y física el objetivo es justamente motivar a que los cuerpos disciplinados ejerzan la violencia manera encauzada hacia los fines de la institución militar y, en la mayoría de los casos del Estado. La construcción de los integrantes de las agrupaciones armadas como el “enemigo interno” tiene una arista en la búsqueda de incentivar la violencia en los conscriptos. Ambos entrevistados revelan cómo debían comulgar con la idea de que sus respectivos espacios podían caer bajo ataque en cualquier momento.

“Acordate que en ese momento se estaba iniciando la subversión. Atacaban puestos policiales; las partes periféricas de los regimientos para robar armas. Entonces empezaba una movida muy jodida. A mí me tocó Policía militar (...) y hacíamos guardia en la entrada del aeropuerto. Estaba la de la entrada, la guardia principal, una atrás y después estaba donde se guardaba la munición.” (Policía a Tambor)

El miedo

¹³ VAQUERO, Carlos (marzo-abril de 2009). ”La violencia premeditada. Entre el horror, la banalidad y la purificación” [en línea]. En: Pensamiento Crítico, 201. Recuperado de: <http://www.pensamientocritico.org/carvaq0509.htm> (consulta: 15/05/2017).

“Eran épocas jodidas. Se decía que tomaban los comandos. En el regimiento nuestro dos veces quisieron entrar y tenían información de que había personal pero que el resto estaba en Campo de Mayo (...) ellos te llenaban la cabeza. Ahora, de tanto decirte que había un enemigo, al final había un enemigo.” (Tambor)

Cotidiano como la risa, pero oculto, descreído y rechazado. La vergüenza del temor existe porque erróneamente se asocia lo a la cobardía. “Así, la historia del miedo es también la de su culpabilización en contextos culturales que valoran prioritariamente la valentía militar.”¹⁴ Su utilidad, remarca Jean Delumeau (2002), radica en ser una reacción fisiológica y psíquica en defensa propia. Una “emoción choque” que se produce ante la presencia o inminencia de un peligro. A diferencia de la violencia, en el Servicio Militar Obligatorio el miedo existe desde antes del ingreso a los cuarteles. Sin embargo, Tambor manifiesta como había que guardarse lo que se sentía. No era extraño que los conscriptos se delatasen entre ellos y que los militares tuviesen sus propios informantes.

“Era un shock donde a vos te iban preparando para lo que te esperaba. Te gritaban, te trataban de ‘civilacho’...

-Lo que pasa es que las órdenes eran a los gritos, era como adiestrar a un animal (...) era obedecer, esa era la consigna de ellos, no había otra.

-Te quebraban espiritualmente, era como que perdías tu identidad al entrar ahí.”
(Tambor, luego el Policía y Tambor nuevamente)

La realidad es que la gran mayoría de los jóvenes que ingresaban obligatoriamente en el espacio castrense habían escuchado relatos sobre lo que les podría ocurrir. Para Tambor y el Policía militar la experiencia traumática era anterior al inicio de la instrucción.

“El lugar era un galpón de chapa. Eran tres barracas de chapa grandes. La dotación no era mucha. En total quinientos soldados. Los primeros días fueron duros. Llegaba la noche y sentías que lloraban, rezaban, pedían por la madre. Después empezó la instrucción.” (El Policía)

El miedo y la violencia eran cultivados por las Fuerzas Armadas incluso entre los distintos cuerpos de conscriptos. Tambor narra la relación que ellos tenían con la policía militar del 1ro de Infantería. Sus oficiales los obligaban a levantarse más temprano que

¹⁴ DELUMEAU, Jean (2002). “Miedos de ayer y de hoy”. En: AAVV. *El miedo. Reflexiones sobre su dimensión social y cultural*. Medellín: Región. P. 10.

al resto del regimiento y sus ejercicios eran más pesados. Además fomentaban el odio entre cuadros:

“(...) se escuchaba en el piso de arriba un ruido y temblaba todo. Parecía una implosión y eran los PM (policía militar) que se tiraban al pie de la cama y ahí empezaban ellos. Volaban, corrían todo el día y vos escuchabas ‘BUM, BUM, BUM’. Vos psicológicamente les tenías terror El más petizo tenía 1.90 metros (...) y a ellos les creaban una psicosis para odiarte.” (Tambor)

La incertidumbre y la amenaza constante a la integridad naturalizaron el estado constante de miedo pero a su vez motivó a los conscriptos a tomar una postura activa para intentar evitar los castigos. El trato entre suboficiales y conscriptos y entre pares estructuró una serie de prácticas que los jóvenes desarrollaron para que su paso por el Servicio Militar Obligatorio fuese menos tortuoso. Sortear a toda costa los castigos físicos era una razón que motivaba a los conscriptos a formular tácticas que en algunos casos generaron conflictos entre ellos mismos. La más extendida resultó el robo de aquellos efectos personales necesarios en el pase de revista. Al acudir a la formación con un faltante, además de recibir el castigo por la pérdida del objeto, el soldado era objeto de la burla, tanto por parte de sus compañeros como de los oficiales, *“por haberse dejado robar”*. También existía la posibilidad de quedarse. Son conocidas las historias de jóvenes que dada su situación socioeconómica antes de ingresar al Servicio decidieron optar por hacerse voluntarios. En esos casos el Ejército los premiaba otorgándoles el rango de cabo y, por lo tanto, el status de suboficial. Esos jóvenes serían los que luego se encargarían a instruir a las próximas clases, reproduciendo la lógica del miedo y la violencia que habían vivido.

“Había muchos que no querían estar, que querían irse. Había un muchacho de Balcarce y como nos daban el franco cada quince días, se fue a la casa y no volvió. No volvió porque no quería volver. Lo tuvieron que ir a buscar. Otro estando de guardia a la noche se pegó un tiro en la mano, con tanta mala suerte que el dedo del gatillo le quedó sano y no le dieron de baja. Terminó el Servicio Militar con tres dedos menos.”
(El Policía)

En otros casos, sin embargo sirvieron para acercarlos a sus jefes y desdibujar la lógica verticalista del espacio castrense:

“Para que no te jodieran los suboficiales y los oficiales vos siempre les decías que tenías una palanca afuera, que tenías un contacto muy grande. Entonces, como en inteligencia les ganabas, como los tipos estos eran ‘cuadrados y sin seso como raviol de fonda’, tratábamos de superarlos y hacíamos todo el verso serios.” (Tambor)

La cuestión de la alimentación no estaba por fuera de la lógica de violencia. Tambor explica como las Fuerzas Armadas tenían destinado un presupuesto especial para los días festivos. En esos casos estaba previsto que los soldados, conscriptos y voluntarios, recibieran una atención. Sin embargo, dada la redistribución orquestada desde los mandos superiores, la carne y la bebida alcohólica llegaba siempre a las casas de los oficiales y suboficiales y la tropa acababa comiendo fideos.

“Había un lugar inmenso que eran hornos, para poder hacer todo tipo de comidas. Pero estos tipos solo nos daban de comer fideos en ollas a presión porque se morfaban la guita del alimento. Un día no sé qué pasó y habían dejado prendido el horno, (...) aunque nosotros siempre le tirábamos basura porque no daba calor sobre el sector donde dormíamos nosotros. Un día encontramos en un depósito una bala antiaérea de cien milímetros. (...) Nos la afanamos sin saber bien qué era. ¿Dónde la tiramos? Adentro del horno. Nos quedamos una horas y como no pasaba nada nos fuimos a dormir. A la madrugada... ¡BUM! (...) de donde estaba la tapa del horno salía un fuego inmenso. Todo se rajó el horno y no se pudo usar más por el resto del año.” (Tambor)

La experiencia que se ganaba con el correr de los meses rápidamente era capitalizada por los jóvenes. Era necesaria para la supervivencia. Tambor y sus compañeros debieron callar el incidente con el proyectil antiaéreo para evitar la prisión. Si bien buscaron expresar su descontento frente al símbolo del asco que les generaba el plato diario de fideos lo que trascendió a la oficialidad fue un intento de asalto por parte de las organizaciones armadas. Dado que la radicalización social era parte del clima de época, los ataques a los cuarteles o, en este caso “supuesto” atentado sólo sirvió para recrudecer los ejercicios cotidianos y acrecentar la violencia física impuesta sobre los conscriptos. A pesar de todo, los patricios no cesaron en su intento de mejorar cualitativamente su alimentación:

“Nosotros lo que hacíamos cuando ya éramos ‘milicos viejos’, o sea cuando ya hacía meses que estábamos, arreglábamos con los muchachos de la guardia para que nos dejaran salir. Juntábamos guita entre todos y en la esquina sobre Santa Fe había una

rotisería. Comprábamos gran cantidad de comida y a la pasada por la puerta de acceso les dejábamos media docena de empanadas a los muchachos y los de adentro nos hacíamos un picnic bárbaro.” (Tambor)

Tales actitudes pueden ser relacionadas con conceptos como el de “refugio emocional”¹⁵, acuñado por William Reddy (2001). En este caso, los jóvenes deben adecuar sus sistemas de emociones al del nuevo espacio en que ingresan. Este universo les resulta ajeno y extraño por lo que deben generar, no siempre de manera consciente, ciertos recursos que les permitan diluir el esfuerzo. Siguiendo la idea de Rodríguez-López y Ventura Herranz (2014), si el conscripto tardase en “encontrar la manera o el lugar en el que ‘descansar’ del esfuerzo emocional que le supone seguir con su vida en unas coordenadas que no había previsto ni deseado, el sufrimiento se hace más intenso, más duradero, y puede llegar a impedir la supervivencia.”¹⁶ Estas tácticas, empero, rompen la imagen ortodoxa de las Fuerzas Armadas y chocan con el imaginario colectivo existente sobre el pasado del Servicio Militar. El espacio de lo cotidiano, por tanto, aporta una arista de utilidad a la hora de complejizar comprensión sobre los distintos entramados sociales. Mientras que los jóvenes ideaban formas de reducir la asiduidad de los castigos, sus superiores impartían la instrucción por los medios aceptados y naturalizados por el ideario militar.

“Nosotros, cuando teníamos que hacer la guardia, entraba uno solo adentro de la garita. Era de cemento con un techo cortito a dos aguas, tenía la abertura sin puerta y ventanas en las tres caras sin vidrios. ¿Qué hacía a la noche? Como estaba el problema este de la subversión, porque nos decían que había que tener cuidado, que iban a atacar los cuarteles, dejábamos el fusil a la altura de la ventanita, le poníamos el casco y dormíamos afuera, a cierta distancia, tapados con la ropa y una frazada. Hacíamos nuestra inteligencia. Si atacaban, lo primero que iban a voltear era el puesto de guardia. Así nos salvábamos, pero teníamos que dormir entre los yuyos, con las ratas.” (El Policía)

La reacción del Policía militar está en línea con el miedo que la inminencia de un conflicto armado. “El miedo es fundamentalmente el miedo a la muerte. Todos los temores contienen cierto grado de esa aprensión, por esa razón el miedo no desaparecerá

¹⁵ REDDY, William (2001) “The Navigation of Feeling. A Framework for the History of Emotions”, Cambridge. Citado en: Rodríguez-López, Carolina y Ventura Herranz, Daniel (2014). “De exilios y emociones”. En: *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 36. P. 120.

¹⁶ RODRIGUEZ-LOPEZ, Carolina y VENTURA HERRANZ, Daniel. Op. cit. P. 124.

de la condición humana a lo largo de nuestra peregrinación terrestre.”¹⁷ Pero la muerte muchas veces es sinónimo de lo desconocido. Para los jóvenes la lógica de la violencia física y simbólica impartida por los militares iba de la mano de la desinformación y el cercenamiento ideológico. La palabra difundida por los distintos actores del universo castrense, oficiales, suboficiales, capellanes buscaba crear la imagen del enemigo interno. Desde arriba, ya lo hacía Onganía desde West Point; desde abajo era moneda corriente en el discurso que recibían los jóvenes.

“Uno quería ‘libertad, libertad’ y no había. Entonces todo había que hacerlo al oscuro. Que no se enteraran las autoridades. Porque podía haber represión. Era muy difícil. No tenías acceso a la literatura. Todo escondido. No podías nombrar ningún partido político.” (El Policía militar)

Ute Frevert (2014) como directora del centro de estudios de Berlín ha desarrollado el particular punto de vista que comparte con sus colegas en el *Max-Planck-Institut*. Para la autora tanto las emociones como el cuerpo tienen su dimensión histórica y están relacionados al poder. Los esfuerzos sociales por controlar el cuerpo están orientados a normalizar las manifestaciones emocionales y las siempre dinámicas relaciones de poder contribuyen a instalar nuevos balances entre los espacios sociales y personales, públicos y privados. Sin embargo, aunque las estructuras hegemónicas no pueden ser pasadas por alto, los estados siempre cambiantes de la vida moderna han dejado el espacio para la formación de contra discursos, desviaciones y alteraciones emocionales sobre la forma de auto percibirse.¹⁸

Conclusión: buscando asir lo inasible

En las páginas anteriores se ha buscado plasmar los primeros pasos de una investigación planteada, en inicio para el curso de un posgrado. Los testimonios del Policía militar y de Tambor transpiran anécdotas que no escapan al imaginario colectivo instaurado en la sociedad. Sin embargo, hilvanadas en el marco teórico procedente de la historia de las emociones revelan una arista poco desarrollada historiográficamente. Las emociones de miedo, asco, odio y venganza con las que debieron relacionarse cotidianamente estos

¹⁷ DELUMEAU, Jean (2002). Op. cit. P. 11.

¹⁸ FREVERT, Ute (2014). “The Modern History of Emotions: a Research Center in Berlin” [en línea]. En: *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Vol. 36. Recuperado de: http://dx.doi.org/10.5209/rev_CHCO.2014.v36.46681 (Consulta: 05/05/2017).

jóvenes los impulsaron a tomar distintas acciones que en otras circunstancias no hubiesen sido una opción. Quizás por su condición de jóvenes, quizás por el ambiente violento y militarizado que los contenía a la vez que amenazaba con destruirlos; lo cierto es que lograron atravesar el Servicio Militar valiéndose de los intersticios, de los vacíos que toda institución humana genera en su funcionamiento cotidiano.

El objetivo de los instructores militares era claro, los medios a emplearse estaban más que definidos y, asimismo los resultados (desde su punto de vista) no habrían podido alcanzarse en su totalidad. Nunca el impulso coercitivo desplegado desde arriba es perfecto. Las instituciones sociales están pobladas por seres permeables a las relaciones cotidianas y es en ese mismo espacio en que las lógicas de poder se reproducen y deconstruyen al mismo tiempo. Las tácticas empleadas por el Policía militar y por Tambor no cambiaron al Servicio Militar Obligatorio, pero durante su transcurso por la conscripción el Servicio tampoco logró destruirlos a ellos. Sus identidades cambiaron, amoldándose a las nuevas redes y a las pautas emocionales que el universo castrense les demandaba. Al mismo tiempo el Servicio Militar cambió con ellos y con cada conscripto, en las tácticas desplegadas para evitar los castigos, con toda actitud orientada a desdibujar el verticalismo avasallador, como si una “microfísica” de las emociones hubiese sido puesta en juego.

Bibliografía analizada

ÁGUILA, Gabriela y ALONSO, Luciano (2013). *Procesos represivos y actitudes sociales. Entre la España franquista y las dictaduras del Cono Sur*. Buenos Aires: Prometeo.

BARTOLUCCI, Mónica y FAVERO, Bettina (2014). “Entre caqueros y mersas. Las imágenes y representaciones de los jóvenes en los ’60 a partir de la revista Tía Vicenta”. Presentado en: *Tercer Congreso Internacional Viñetas Serias. Narrativas Dibujadas: debates, perspectivas y desafíos*. Buenos Aires: 8 al 10 de octubre.

BARTOLUCCI, Mónica y FAVERO, Bettina (2014). *Fronteras visibles e invisibles. Libertad y orden, modernización y revolución a través de la categoría de juventud. 1955-1976*. Mar del Plata: UNMdP. Proyecto de Investigación. OCA 1139/09.

BARTOLUCCI, Mónica y FAVERO, Bettina (2015). “Caqueros, mersas y degeneraditos. Una mirada alternativa a la juventud sesentista desde la revista Tía

Vicenta. 1963 – 1966”. Presentado en: *V Jornadas Nacionales de Historia Social*. La Falda: 13 al 15 de mayo.

BAUTISTA, Carlos Alberto (1995). *Vida y muerte del Servicio Militar Obligatorio - 1901-1994-*. Mar del Plata: UNMdP.

BELTRÁN, Virgilio y OCHOA, Jorge (1968). *Las fuerzas armadas hablan*. Bs. As: Paidós.

BERGSON, Henri (1985) *La risa* [en línea]. Recuperado de: https://ciier10.wikispaces.com/file/view/2.+Bergson_La+risa.pdf (consulta: 25/9/2016).

BOHOSLAVSKY, Ernesto y SOPRANO, Germán (2010). *Un Estado con rostro humano. Funcionarios e instituciones estatales en Argentina (desde 1880 a la actualidad)*. Buenos Aires: Prometeo.

BOURKE, Joanna (1999). *Sed de sangre. Historia íntima del combate cuerpo a cuerpo en las guerras del siglo XX*. Barcelona: Crítica.

CORDERO, Fernando (1989). “Servicio Militar Obligatorio y relaciones cívico-militares en América Latina”. En: *Nueva Sociedad*, N°.104. Pág. 51-61.

DE RIZ, Liliana (2000). *La política en suspenso 1966/1976*. Buenos Aires: Paidós.

DELLA PORTA, Donatella y DIANI, Mario (2011). *Los Movimientos Sociales*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

DELUMEAU, Jean (2002). “Miedos de ayer y de hoy”. En: AAVV. *El miedo. Reflexiones sobre su dimensión social y cultural*. Medellín: Región. P. 9-21.

FAVERO, Bettina (2013). “La sociedad del orden: la otra visión de los jóvenes. Representaciones e identidades en los años 60 en Mar del Plata”. Presentado en: *VII Jornadas de Historia Política. Programa Buenos Aires*. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo, 30 de septiembre y 1 de octubre.

FAVERO, Bettina (2015). “Las voces de una juventud silenciosa: memoria y política entre los otros jóvenes durante los años ‘60”. En: *Revista Historia y Memoria, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia*. (ISSN 2027-5137) (En evaluación).

FEBVRE, Lucien (1999). *“Honor y Patria”*. México: Siglo XXI. Primera edición en español.

FREVERT, Ute (2014). "The Modern History of Emotions: a Research Center in Berlin" [en línea]. En: *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Vol. 36. Recuperado de: http://dx.doi.org/10.5209/rev_CHCO.2014.v36.46681 (Consulta: 05/05/2017).

GARAÑO, Santiago (2013). "Soldados sospechosos. Militancia, conscripción y Fuerzas Armadas durante los años setenta. En: *Contenciosa*, año 1, n°1.

GONZALEZ CALLEJA, Eduardo (Septiembre de 2000). "La definición y la caracterización de la violencia desde el punto de vista de las ciencias sociales" [en línea]. En: *Arbor*, CLXVII, 657. Recuperado de: <http://arbor.revistas.csic.es> (Consulta: 15/05/2017).

JAMES, Daniel (2008). "Fotos y Cuentos. Pensando la relación entre historia y memoria en el mundo contemporáneo". En: *Políticas de la Memoria*. N° 8/9. Buenos Aires.

JELIN, Elizabeth (2013). *Los trabajos de la memoria*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

LORENZ, Federico (2015). *Guerras de la historia argentina*. Buenos Aires: Ariel.

LVOVICH, Daniel (abril de 2006). "Dictadura y consenso. ¿Qué podemos saber?" En: *Puentes*, n°17. La Plata. Pág. 41 – 45.

MANZANO, Valeria (octubre-diciembre de 2010). "Juventud y modernización sociocultural en la Argentina de los sesenta". En: *Desarrollo Económico*, vol. 50. N° 199.

MAZZEI, Daniel (2012). *Bajo el poder de la caballería. El ejército argentino (1962-1973)*. Buenos Aires: Eudeba.

MOSCOSO, Javier (2015) "La historia de las emociones, ¿de qué es historia?". En: *Vínculos de Historia*, núm. 4. Pp. 15-27.

O'DONNELL, Guillermo (1972). *Modernización y autoritarismo*. Buenos Aires: Paidós.

O'DONNELL, Guillermo (2008). *Catacumbas*. Buenos Aires: Prometeo.

POTASH, Robert (1980). *El ejército y la política en la Argentina 1928-1945. De Yrigoyen a Perón*. Buenos Aires: Sudamericana.

POTASH, Robert (1981) *El ejército y la política en la Argentina 1945-1962. De Perón a Frondizi*. Buenos Aires: Sudamericana.

POTASH, Robert (1994). *El ejército y la política en la Argentina 1962-1973. De la caída de Frondizi a la restauración peronista. Primera parte, 1962-1966*. Buenos Aires: Sudamericana.

POTASH, Robert (1994). *El ejército y la política en la Argentina 1962-1973. De la caída de Frondizi a la restauración peronista. Segunda parte, 1966-1973*. Buenos Aires: Sudamericana.

RODRIGUEZ MOLAS, Ricardo (1983). *El Servicio Militar Obligatorio*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

RODRIGUEZ-LOPEZ, Carolina y VENTURA HERRANZ, Daniel (2014). “De exilios y emociones”. En: *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 36. Pp. 113-138.

ROUQUIÉ, Alain (1986). *Poder militar y sociedad política en la Argentina*. Buenos Aires: Hispamérica. Tomos I.

ROUQUIÉ, Alain (1986). *Poder militar y sociedad política en la Argentina*. Buenos Aires: Hispamérica. Tomo II.

SIRIMARCO, Mariana (2004). “Acerca de lo que significa ser policía. El proceso de incorporación a la institución policial”. En: Tiscornia, Sofía (comp.). *Burocracias y violencia. Estudios de antropología jurídica*. Buenos Aires: Antropofagia y Facultad de Filosofía y Letras.

SOUTO KUSTRÍN, Sandra (junio de 2007). “Juventud, Teoría e Historia: La formación de un sujeto social y de un objeto de análisis”. En: *HAOL*. N° 13. Pp. 171-192.

VAQUERO, Carlos (marzo-abril de 2009). “La violencia premeditada. Entre el horror, la banalidad y la purificación” [en línea]. En: *Pensamiento Crítico*, 201. Recuperado de: <http://www.pensamientocritico.org/carvaq0509.htm> (consulta: 15/05/2017).

Fuentes iconográficas

Archivo personal de “Tambor”. Quince fotografías entre marzo de 1970 y abril de 1971.

Archivo personal de “el Policía militar”. Once fotografías entre febrero de 1970 y marzo de 1971.

Fuentes orales

Tambor y el Policía militar. Entrevista realizada el 14 de abril de 2017 en Miramar (provincia de Buenos Aires). Entrevistador: Francisco Mosiewicki.